

Después volvió correctamente vestida. Su cuerpo, sus ojos, el ruido de su traje, todo le encantó. Federico se contenía para no cubrirla de besos.

—Perdone usted—dijo ella—pero no podía...

Tuvo el atrevimiento él de interrumpirla:

—Sin embargo... estaba usted muy bien... hace un momento.

Indudablemente encontró ella un tanto grosero el cumplido puesto que se colorearon sus mejillas. El temió haberla ofendido.

—¿A qué dichosa casualidad se debe el que usted haya venido?—dijo ella.

No supo él qué responder, y después de una risita falsa que le dió tiempo para reflexionar, preguntó:

—¿Si se lo dijera á usted me creería?

—¿Por qué no?

Federico contó que noches pasadas había tenido un sueño espantoso.

—He soñado que se hallaba usted gravemente enferma, cerca de la muerte.

—¡Oh! Ni yo, ni mi marido, estamos nunca enfermos.

—No he soñado más que con usted.

Miróle ella con calma y contestó:

—Los sueños no siempre se realizan.

Balbuceó Federico, buscó palabras; y por último se lanzó en una larga parrafada sobre la

afinidad de las almas. Existía una fuerza que podía, á través de los espacios, poner en contacto á dos personas, advertirlas de lo que sienten y hacer que se reúnan.

Escuchábale ella con la cabeza baja, sonriendo con su sonrisa hermosa. Observaba él con el rabillo del ojo, con alegría, y se expansionaba su amor más libremente ante la facilidad de un lugar común. Propuso ella ver la fábrica, y como insistiera, aceptó él.

Para distraerle primeramente por algo divertido, le enseñó la especie de museo que adornaba la escalera. Las piezas colgadas de las paredes ó colocadas en tablillas demostraban los esfuerzos y los empeños sucesivos de Arnoux. Después de haber buscado el rojo de los colores de los chinos, quiso hacer mayólicas, faéncias, lozas, etrusco oriental, intentando, por fin, algunos de los perfeccionamientos realizados más tarde. Así es que se encontraban en la série grandes vasos cubiertos de mandarines, escudillas de reflejos metálicos cambiantes, jarros con realce de escrituras árabes, otros del gusto Renacimiento, y grandes platos con dos personajes que parecían dibujados con sangre, de una manera delicada y vaporosa. Al presente fabricaba letras para muestras, etiquetas para vinos; pero su inteligencia no era bastante elevada para llegar hasta el arte, ni bastante os

cura para pensar exclusivamente en el provecho, con lo que, sin contentar á nadie, se arruinaba.

Consideraban ambos estas cosas, cuando la señorita Marta pasó por allí.

—¿No le reconoces ya?—le dijo su madre.

—Sí, por cierto—contestó ella saludando, mientras que su mirada límpida y recelosa, su mirada virginal, parecía murmurar: «¿Qué vienes tú á hacer aquí?» y subió las escaleras, con la cabeza algo inclinada hácia la espalda.

La señora de Arnoux condujo á Federico hácia el patio, explicándole luego con tono serio cómo se muelen las tierras, se limpian y tamizan.

—Lo importante es la preparación de las pastas.

Y lo introdujo en una sala llena de cubas, en donde giraba sobre sí mismo un eje vertical armado de brazos horizontales. Federico se reprochó el no haber rehusado resueltamente la proposición, poco antes.

—Estas son las máquinas hidráulicas para la separación de la bazofia de las tierras,—dijo ella.

Él encontró la palabra grotesca, y como inconveniente en sus labios.

Anchas correas colgaban de uno á otro extremo del techo, para enrollarse en tambores

agitándose todo de una manera continua, matemática, excitante.

Salieron de allí, y pasaron cerca de una cabaña en ruinas, que en otro tiempo había servido para guardar instrumentos de jardinería.

—Ya no se utiliza—dijo la señora de Arnoux.

El replicó con voz trémula:

—Allí puede gozarse de la felicidad.

El ruido de la bomba de incendios cubrió sus palabras, y entraron en el taller de modelados.

Hombres sentados á una estrecha mesa, colocaban delante de sí y sobre su disco giratorio un trozo de pasta. Con la mano izquierda rasaban en el interior, con la derecha alisaban la superficie, y veían salir vasos de la operación, como flores que se abren.

La señora de Arnoux hizo exhibir los moldes para las obras más difíciles.

En otra pieza se trabajaban los filetes, las molduras, las líneas salientes.

En el piso superior se afinaban las juntas y se tapaban con yeso los agujerillos que habían dejado las precedentes operaciones. En las ventanas, en los rincones, en medio de los corredores, se alineaban los cacharros.

Federico empezaba á aburrirse.

—Quizás le fatigue á usted todo esto—dijo ella.

Temiendo que fuera preciso terminar allí su visita, manifestó, por el contrario, mucho entusiasmo. Hasta llegó á lamentarse de no haberse dedicado á esta industria.

Ella pareció sorprendida.

—Ciertamente; porque así habría podido vivir cerca de usted.

Y como intentara buscar la mirada de la señora de Arnoux, ésta, para evitarlo, cogió de una consola bolitas de pasta, sobrantes de piezas defectuosas, las aplastó en forma de galleta y estampó su mano encima.

—¿Puedo llevarme eso?—dijo Federico.

—¡Qué niño es usted, Dios mío!

Iba él á contestar cuando entró Sénecal.

El Sr. Subdirector, desde el dintel, observó una infracción reglamentaria. Los talleres debían barrerse todas las semanas; era sábado, y como los obreros no lo habían hecho, Sénecal les declaró que estarían una hora más. «Tanto peor para ustedes.»

Inclináronse sobre su faena, sin murmurar; pero adivinábase su cólera en la ronca respiración de su pecho. Verdad es, que eran difíciles de manejar, y todos procedían de la fábrica grande de que habían sido despedidos. El republicano les gobernaba con dureza. Hombre de teorías, únicamente consideraba las masas y se manifestaba inflexible con los individuos.

Federico, contrariado por su presencia, preguntó á la señora de Arnoux, á media voz, si no había posibilidad de ver los hornos. Descendían á la planta baja, y cuando ella empezaba á explicar el uso de las arquillas, Sénecal, que les había seguido, se interpuso, continuando por sí mismo la demostración. Extendióse acerca de las diferentes clases de combustibles, la hornada, los piróscopos, los englobados, los lustres y los metales, prodigando los términos de química, cloruro, sulfuro, borax, carbonato. Federico nada comprendía, y á cada minuto se volvía hacia la señora de Arnoux.

—No escucha usted—dijo ella.—El Sr. Sénecal es, sin embargo, muy claro. Sabe todas estas cosas mucho mejor que yo.

El matemático, lisonjeado con aquel elogio, propuso ir á ver la coloración. Federico dirigió una mirada ansiosa á la señora de Arnoux, que permaneció impassible, no queriendo, indudablemente, ni estar sola con él, ni dejarle tampoco. Ofrecióle él su brazo.

—No, mil gracias, es la escalera demasiado estrecha.

Y cuando llegaron arriba, Sénecal abrió la puerta de un departamento lleno de mujeres.

Manejaban estas pinceles, ampollitas, conchas, placas de vidrio. A lo largo de la cornisa, contra la pared, alineábanse planchas grabadas;

pedacillos de papel fino revoloteaban, y una chimenea de fundición exhalaba una temperatura asfixiante, á la que se mezclaba el olor del atrementina.

Casi todas las obreras tenían pobres vestidos. Véase una, sin embargo, que llevaba un pañuelo y largos pendientes. A la vez que delicada y regordeta, eran negros sus grandes ojos y sus labios carnosos como los de una negra. Su abundante pecho se marcaba bajo la camisa sujeta á la cintura por las cintas de su falda, y con uno de sus codos sobre la mesa, mientras que el otro colgaba, miraba vagamente á los lejos, el campo. A su lado había una botella de vino y salchicha.

Prohibía el reglamento que se comiera en los talleres, medida de aseo para el trabajo y de higiene para los trabajadores.

Sénécal, por sentimiento del deber ó necesidad de despotismo, gritó desde lejos, indicando el anuncio de un cuadro:

—¡Eh! allí abajo, la Bordalesa, léame usted en voz alta el art. 9.

—Bueno, y qué más?

—¿Qué más señorita? Pues que pagará usted tres pesetas de multa.

Miróle ella frente á frente, descaradamente, y dijo:

—Bastante me importa. Cuando vuelva el

amo, me levantará la multa. Me río de usted, buen hombre.

Sénécal, que se paseaba con las manos á la espalda, como un pasante en una sala de estudios, se contentó con sonreír.

—Artículo 13, insubordinación, diez pesetas.

La Bordalesa volvió á su tarea. La señora de Arnoux, por las conveniencias, no decía nada, pero frunció el entrecejo.

Federico murmuró:

—¡Ah, para demócrata es usted bastante duro!

El otro contestó doctoralmente:

—La democracia no es la desvergüenza del individualismo. Es el nivel común ante la ley, la distribución del trabajo, el orden.

—Olvida usted la humanidad—dijo Federico.

La señora de Arnoux tomó su brazo; Sénécal, quizás ofendido por aquella muda aprobación, se fué.

Federico experimentó al punto un gran consuelo.

Desde por la mañana buscaba la ocasión de declararse y al fin llegaba. Por otra parte el espontáneo movimiento de la señora de Arnoux le pareció que contenía promesas, y rogó, como si fuera para calentarse los piés, que subieran á su cuarto. Pero cuando estuvo sentado cerca de ella, comenzó su turbación; faltá-

Temiendo que fuera preciso terminar allí su visita, manifestó, por el contrario, mucho entusiasmo. Hasta llegó á lamentarse de no haberse dedicado á esta industria.

Ella pareció sorprendida.

—Ciertamente; porque así habría podido vivir cerca de usted.

Y como intentara buscar la mirada de la señora de Arnoux, ésta, para evitarlo, cogió de una consola bolitas de pasta, sobrantes de piezas defectuosas, las aplastó en forma de galleta y estampó su mano encima.

—¿Puedo llevarme eso?—dijo Federico.

—¡Qué niño es usted, Dios mío!

Iba él á contestar cuando entró Sénecal.

El Sr. Subdirector, desde el dintel, observó una infracción reglamentaria. Los talleres debían barrerse todas las semanas; era sábado, y como los obreros no lo habían hecho, Sénecal les declaró que estarían una hora más. «Tanto peor para ustedes.»

Inclináronse sobre su faena, sin murmurar; pero adivinábase su cólera en la ronca respiración de su pecho. Verdad es, que eran difíciles de manejar, y todos procedían de la fábrica grande de que habían sido despedidos. El republicano les gobernaba con dureza. Hombre de teorías, únicamente consideraba las masas y se manifestaba inflexible con los individuos.

Federico, contrariado por su presencia, preguntó á la señora de Arnoux, á media voz, si no había posibilidad de ver los hornos. Descendían á la planta baja, y cuando ella empezaba á explicar el uso de las arquillas, Sénecal, que les había seguido, se interpuso, continuando por sí mismo la demostración. Extendióse acerca de las diferentes clases de combustibles, la hornada, los piróscopos, los englobados, los lustres y los metales, prodigando los términos de química, cloruro, sulfuro, borax, carbonato. Federico nada comprendía, y á cada minuto se volvía hacia la señora de Arnoux.

—No escucha usted—dijo ella.—El Sr. Sénecal es, sin embargo, muy claro. Sabe todas estas cosas mucho mejor que yo.

El matemático, lisonjeado con aquel elogio, propuso ir á ver la coloración. Federico dirigió una mirada ansiosa á la señora de Arnoux, que permaneció impassible, no queriendo, indudablemente, ni estar sola con él, ni dejarle tampoco. Ofrecióle él su brazo.

—No, mil gracias, es la escalera demasiado estrecha.

Y cuando llegaron arriba, Sénecal abrió la puerta de un departamento lleno de mujeres.

Manejaban estas pinceles, ampollitas, conchas, placas de vidrio. A lo largo de la cornisa, contra la pared, alineábanse planchas grabadas;

—No me precio de ser una gran señora.

En este momento se presentó el chiquillo.

—¿Mamá, vienes á comer?

—Sí, enseguida.

Federico se levantó, y al mismo tiempo apareció Marta. No podía él decidirse á marchar, y con mirada enteramente llena de súplicas, preguntó:

—¿Esas mujeres de que usted hablaba, son tan insensibles?

—No, sino sordas cuando es preciso.

Y se tenía de pié, en la puerta de la habitación, con sus dos hijos á los lados. Inclínose él sin decir una palabra, y ella respondió silenciosamente á su saludo.

Lo que sintió él en primer término fué una estupefacción infinita. Aquella manera de hacerle comprender la inutilidad de su esperanza lo confundía. Véase perdido como hombre que cae al fondo de un abismo, que sabe que no le socorrerán y que debe morir.

Andaba, sin embargo, pero sin ver nada, al acaso; tropezaba en las piedras y se equivocó de camino. Un ruido de zuecos llegó hasta su oído; eran los obreros que salían de la fundición.

Entonces se dominó.

A lo lejos, los faroles del ferrocarril trazaban una línea de fuego,

Llegó en el momento de partir un tren. Se entró en un vagón y durmióse.

Una hora después, en los bulevares, la alegría de París por las noches llevó de repente su viaje á un pasado ya lejano.

Quiso ser fuerte y alivió su corazón denigrando á la señora de Arnoux con epítetos injuriosos:

—Es una imbécil, una pava, una bestia, no pensemos en ella más.

Al entrar en su casa encontró en su gabinete una carta de ocho páginas en papel glaseado, de azul y con las iniciales R. A.

Empezaba con reproches amistosos:

«¿Qué se hace usted, querido mío? Me fastidío.»

Pero la escritura era tan abominable que Federico iba á tirar el paquete, cuando percibió una postdata que decía así:

«Cuento con usted mañana para que me lleve á las carreras.»

¿Qué significaba aquella invitación? ¿Era una añagaza más de la Mariscala? Pero no se burla nadie dos veces del mismo hombre sin motivo; y lleno de curiosidad volvió á leer la carta atentamente.

Federico vió: «Equivocación... desilusiones... Pobres chicas nosotras... semejantes á dos ríos que se juntan, etc.

Aquel estilo contrastaba con el lenguaje ordinario de la loreta.

¿Qué cambio había sobrevenido?

Retuvo mucho tiempo las páginas entre sus dedos. Olfán á perfume, y había en la forma de los caracteres y el espacio irregular de las líneas, algo como un desorden de tocador que le turbó.

—¿Por qué no he de ir?—se dijo por fin—¡Si la señora de Arnoux lo supiese! ¡Que lo sepa, tanto mejor, y que la ponga celosa: eso me vengará!

FIN DEL TOMO PRIMERO

## OBRAS DE FONDO

*Calles de Madrid (Las)*, Revista cómico-lírico fantástica, extraordinariamente aplaudida, silbada y prohibida en el Teatro Circo de Price. Madrid, 1888, 8.º mayor, 1 pta.

*Camberouse*. Elementos de Geometría analítica, traducidos por C. Sebastián. Madrid, 1872; 4.º, láminas plegadas, 8 pts.

*Canonge (F.)*. Historia militar contemporánea (1854-1871), traducida por J. Prats y Jimeno. Madrid, 1885; 2 ts. 8.º 4 pts.

*González Callejo (A.)*. Lecciones de artes mecánicas, procedimientos industriales y metalurgia especial. Madrid, 1890; 4.º con grabados, 6 pesetas.

*Cortés y Morales (D. Balbino)*. Tesoro de la salud. Novísimo tratado de longevidad humana ó el más eficaz sistema para alargar la vida, con el específico más simple, saludable y barato que existe, compuesto según las doctrinas y preceptos de los eminentes Dres. en

Medicina Sres. Burggraev y nuestro Ferrer Gorráiz. Madrid, 875; 8.º, 1'50.

*Gallard* (T.). Lecciones de clínica médica del Hospital de la Piedad de París, vertidas al castellano por Ricardo Martínez Esteban. Madrid, 1880; 4.º, con grabados, 4 pts.

*Hidalgo*. Diccionario general de Bibliografía española. Madrid, 1862-71: 7 tomos 4.º, 60 pesetas.

*López* (D. Eulogio A.). Lecciones de química orgánica, redactadas en vista del programa para ingreso en el Cuerpo de Empleados de Aduanas. Madrid, 1888; 1 t. 4.º con grabados, 6 pts.

*Regnault* (M. V.). Curso elemental de química, traducido, aumentado y publicado con la anuencia y cooperación del autor, por el Teniente Coronel D. Gregorio Verdú. Madrid, 1853; t. IV.—Química orgánica, 8.º, 4 pts.

*Rubini*. Teoría de las formas en general, y principalmente de las binarias, traducida por D. E. Márquez y Villarroel. Parte primera. Sevilla, 1885; 4.º, 7 pts.

*Ruiz Aguilera* (V.). La Arcadia moderna. Eglogas é idilios realistas y epigramas. Madrid, 1867; 8.º, 1,50 pts.

— Poesías. Ecos nacionales. Madrid, 1854; 2 tomos en 1, 8.º, 1,50 pts.

*Sac*. Tratado elemental de química agrícola.

Enseñanza teórico-práctica de la formación, composición, análisis y clasificación de las tierras, cuidados especiales de las plantas, cosechas y animales domésticos, etc. Versión castellana de D. Balbino Cortés y Morales. Madrid, 1888; 1 t. 4.º, 5 pts.

*Sales y Ferré* (M.). Historia general. Madrid, 1884; 4.º menor, 5,50 pts.

*Saldoni* (B.). Diccionario biográfico-bibliográfico de efemérides de músicos españoles. Madrid, 1868-81; 4 tomos 4.º, 12 pts.

*Socias* (M.). Ordenanzas de S. M. para el régimen, disciplina, etc., adicionadas con las disposiciones vigentes. Madrid, 1882-85; 3 tomos 4.º, 24 pts.

*Tajeas y alcantarillas* (Modelos de) para las carreteras, formados por la Comisión de ingenieros de caminos, canales y puertos nombrada en 30 de Agosto de 1858.—Primera parte, en fol., 15 pts.

*Villalba y Riquelme* (C.). Lecciones de Geografía universal. Madrid, 1884; 4.º menor, láminas plegadas, 4,50 pts.

*Villamartin* (F.). Obras selectas, con la biografía del autor, por D. Luis Vidart, y un apéndice á las nociones del arte militar, por D. Arturo Cotarelo. Madrid, 1883; 4.º, m., láminas plegadas, 8 pts.

*Ximénez de Sandoval*. Batalla de Aljubarrota;



monografía histórica y estudio crítico-militar.  
Madrid, 1872; 4.º, láms. y planos plegados,  
5 pesetas.

Novísimo tratado de Derecho militar, por la  
redacción de la «Correspondencia Militar.»  
Segunda edición. Madrid, 1891, 4 tomos, 4.º,  
16 ptas.



